

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrado à la

VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 617

Alicante 30 de Setiembre de 1882

Año XIII.

EL CENTENARIO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

El día 4 del mes entrante cúmplase el sétimo centenario del tránsito del Serafin de Asís y pobrecito de Cristo, glorioso San Francisco. Trátase, como ya saben nuestros lectores, de celebrar tan gloriosa fecha. Su Santidad Leon XIII ha recomendado el proyecto y los católicos de todas las naciones se preparan à secundar los deseos del Sumo Pontífice y honrar al fundador de la Orden Seráfica. España no podía permanecer indiferente ante esta manifestacion religiosa: bien puede decirse con verdad que el nombre y devocion à San Francisco ha sido y es tan popular en nuestra patria como en Italia. Quizá es España la nacion en que mayor incremento tomaron, y mayor número de fundaciones tuvieron las órdenes capuchi-

na y franciscana, y la muy popular de los Terciarios de San Francisco de Asís.

La celebracion del Centenario del Santo Patriarca de Asís no puede ser más oportuna. Dios es providentísimo é inspira siempre à su Iglesia conforme lo exigen las necesidades de los tiempos. El amor à las riquezas y afán de goces materiales es el pecado de nuestros días, que tiene degradada y envilecida à la sociedad presente, y ningun remedio más oportuno que hacer la apoteosis de las virtudes contrarias celebrándolas en un santo que eligió la pobreza como compañera perpétua, y vivió en la más austera penitencia y con el mayor desprecio de los goces del mundo; siendo el más glorioso de sus títulos llamarse y ser llamado el *pobrecito de Cristo*.

La celebracion en nuestra patria del sétimo Centenario de San Francisco, será, segun todas las aparien-

cias, digna del Santo Patriarca á quien se dirige y del pueblo católico que la celebra. Hânse publicado libros de verdadero mérito literario, tales como *Las Florecitas de San Francisco*, preciosa crónica contemporánea del Santo, y «*San Francisco de Asís*» (siglo XIII) por Emilia Pardo Bazan; las revistas religiosas consagran números enteros á celebrar el centenario, y la prensa católica dedica artículos y coopera por todos los modos al mismo objeto. Hanse preparado romerías y funciones religiosas, hânse abierto certámenes literarios y las corporaciones religiosas y asociaciones católicas, y muy particularmente los hijos de la Seráfica Orden, se disponen todos á dar solemnidad al festival.

A última hora hemos recibido la *Encíclica* que Su Santidad Leon XIII acaba de dirigir al mundo católico con motivo del centenario de San Francisco, y que empezamos á publicar á continuación:

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL
PAPA LEON XIII.

A todos nuestros venerables hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del mundo católico, en gracia y comunión con la sede apostólica.

Leon XIII, Papa.

«Venerables hermanos, salud y bendición apostólica.

»Por una dichosa merced, el pueblo cristiano ha podido celebrar en un breve intervalo el recuerdo de dos hombres que, llamados á gozar en el cielo de las eternas recompensas de la santidad, dejaron sobre la tierra una gloriosa falange de discípulos, como retoños que sin cesar renacen de sus virtudes. Porque después de las fiestas seculares en memoria de Benito, el padre y legislador de los monjes en Occidente, va á ocurrir una ocasión de tributar honores públicos á Francisco de Asís por el sétimo centenario de su nacimiento.

»No sin razón vemos Nos en esto un designio misericordioso de la divina Providencia. Porque permitiendo celebrar el día del nacimiento de estos ilustres Padres, parece que Dios quiere advertir á los hombres que tienen que recordar sus insignes méritos y comprender al mismo tiempo que las órdenes religiosas fundadas por ellos no debieron ser tan indignamente violadas, sobre todo en aquellas naciones en que por su trabajo, su genio y su celo han sembrado la civilización y la gloria.

»Nos confiamos en que estas solemnidades no serán infructuosas para el pueblo cristiano, que siempre y con justicia ha considerado como amigos á los religiosos, por lo que, así como ha honrado el nombre de Benito con amor y gratitud, hará

revivir por medio de fiestas públicas y testimonios de afecto la memoria de Francisco. Y esta noble emulación de piedad filial y devota no se limita á la comarca en que nació el santo hombre ni á las que honró con su presencia, sino que se extiende á todas las partes de la tierra, á todos los lugares donde el nombre de Francisco ha llegado, y en que florecen sus instituciones.

»Ciertamente que Nós, más que nadie, aprobamos este ahinco de las almas por tan excelente objeto, sobre todo estando acostumbrado desde la niñez á tener hácia Francisco admiración y devoción especiales. Y Nós gloriamos de haber sido inscrito en la familia franciscana, y más de una vez hemos subido por piedad, espontáneamente y con alegría, á las sagradas colinas del Alverno: en aquel lugar, la imágen de este gran hombre se ofrecia á Nos por todas partes donde poníamos la planta y aquella soledad llena de recuerdos tenia á nuestro espíritu embebecido en muda contemplación.

»Mas, por loable que sea este celo, no consiste en él todo. Porque es preciso pensar que serán agradables á Francisco esos honores que se preparan, si aprovechan á los mismos que los tributan.

»El fruto real y duradero consiste en asemejarse en algun modo á su eminente virtud y en procurar ser

mejor imitándole. Si con la ayuda de Dios se trabaja para ello con ardor, se habrá encontrado el remedio oportuno y eficaz, para los males presentes. Nos queremos, pues, venerables hermanos, no solo atestiguaros públicamente por medio de esta carta nuestra devoción á Francisco, sino tambien excitar vuestra caridad para que trabajéis con Nos en la salvación de los hombres por el remedio que Nos os indicamos.

»El Salvador del género humano, Jesucristo, es la fuente eterna é inmutable de todos los bienes que para Nos proceden de la infinita bondad de Dios: de modo que aquel que ha salvado una vez al mundo es tambien el que le salvará en todos los siglos: *porque no hay bajo el cielo otro nombre que haya sido dado á los hombres por el cual podamos salvarnos.* (Art. IV. 12.) Si, pues, sucede que, por el vicio de la naturaleza ó la falta de los hombres, cae en el mal el género humano, y parece necesario para levantarle un especial socorro, es preciso absolutamente recurrir á Jesucristo y ver en Él el mayor y más seguro medio de salvación. Porque su divina virtud es tanta y tan poderosa que contiene á la vez un abrigo contra los peligros y un remedio contra los males.

»La curación es cierta, si el género humano vuelve á profesar la sabiduría cristiana y las reglas de

vida del Evangelio. Cuando ocurren males como estos de que Nos hablamos, ofrece Dios al mismo tiempo un socorro providencial, suscitando á un hombre, no escogido al azar entre los demás, sino eminente y único, á quien encarga de procurar el restablecimiento de la salud pública. Y esto es lo que sucedió á fines del siglo XII, y algo más tarde Francisco fué el obrero de esta gran obra.

»Se conoce bastante esta época con su mezcla de vicios y virtudes. La fé católica estaba entonces más profundamente arraigada en las almas: ofrecia tambien un hermoso espectáculo aquella multitud inflamada de piadoso celo que iba á Palestina para vencer ó morir en ella. Pero el libertinaje habia alterado mucho las costumbres de los pueblos y era de todo punto necesario que los hombres volviesen á los sentimientos cristianos. Consiste la perfecta virtud cristiana en esa generosa disposición del alma que busca las cosas árduas y difíciles: tiene su símbolo en la Cruz, que cuantos desean servir á Jesucristo deben llevar sobre sí. Lo propio de dicha disposición es el apartarse de las cosas mortales, de dominarse completamente y de sufrir la adversidad con calma y resignación. En fin, el amor de Dios es dueño y soberano de todas las virtudes para con el prójimo; su poder es tal, que hace desaparecer

cuantas dificultades son el cortejo del cumplimiento del deber, y no solo hace tolerables, sino hasta agradables, los más duros trabajos.

«Había mucha escasez de estas virtudes en el siglo XII, porque gran número de hombres eran entonces, por decirlo así, esclavos de las cosas temporales, ó amaban con frenesí los honores y las riquezas, ó vivían en el lujo y en los placeres. Otros tenían todo el poder, y hacían de su potestad un instrumento de opresión para la multitud miserable y despreciada: y aquellos mismos que hubieran debido, por su profesión, ser ejemplo á los hombres, no habían evitado las manchas de los vicios comunes. La extinción de la caridad en muchos lugares había tenido por consecuencia los pecados múltiples y cotidianos de la envidia, de los celos y el ódio; los espíritus estaban tan divididos y tan enemistados, que por la menor causa las ciudades vecinas entraban en guerras, y armaba el hierro á unos ciudadanos contra otros.

»En este siglo apareció Francisco: Con admirable constancia y rectitud igual á su firmeza, se esforzó con sus palabras y con sus actos en colocar á vista de todos los ojos del mundo caduco la imágen auténtica de la perfección cristiana. En efecto; de la misma manera que el bienaventurado P. Domingo de Guzman, en esta época, defendía la integri-

dad de las doctrinas celestiales y rechazaba, armado con la antorcha de la sabiduría cristiana los errores perversos de los herejes; así Francisco, conducido á Dios por grandes acciones, obtenia la gracia de excitar á la virtud los cristianos y de conducir á la imitacion de Cristo á aquellos que habian andado muy errantes y por mucho tiempo.

»No fué por causalidad por lo que llegaron á los oídos del adolescente estas palabras.» Despreciad el oro y la plata, no lleveis en vuestras bolsas, no os inquieteis por la comida, ni bebida, ni calzado.

»Y aún «si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo á los pobres y sígueme.»

»Interpretando estos avisos, como dirigidos á él directamente, se despojó al instante de todo, cambió los vestidos, adoptó la pobreza como asociada y compañera por todo el resto de su vida, y adoptó la resolución que estos grandes preceptos de virtudes que él habia abrazado con noble y sublime espíritu, serían las reglas fundamentales de su orden. Despues de este tiempo, en medio de la molicie tan grande del siglo, y de la delicadeza exagerada que le rodeaba, se le vió avanzar en estas prácticas tan difíciles: pide su alimento de puerta en puerta, y sopor-ta, no solamente las burlas de un pueblo insensato, aquellas que son más injuriosas, sino que las busca

con admirable avidez. Seguramente habia abrazado la locura de la cruz de Cristo, y la consideraba como sabiduría absoluta; habiendo penetrado ventajosamente en la inteligencia de estos misterios augustos, veia y juzgaba que no podia colocar su gloria en cosa mejor.

»Con el amor á la Cruz, ardiente caridad abrasó el corazón de Francisco y le impulsó á propagar con celo el nombre cristiano hasta esponer su vida al peligro más próximo. Abrazaba á todos los hombres en esta caridad; pero buscaba especialmente los pobres y los pequeños, de suerte que parecía colocarse entre aquellos de quienes los demás acostumbraban á retraerse ó á los que orgullosamente despreciaban. Por esto mereció bien de esa fraternidad, por la cual Jesucristo, restaurándola y perfeccionándola, ha hecho de todo el género humano una sola familia, colocada bajo la autoridad de Dios, Padre comun de todos.

»Gracias á tantas virtudes, y sobre todo, por una rara austeridad de vida, este héroe purísimo se dedicó á reproducir en sí, en cuanto pudo, la imagen de Jesucristo. La señal de la Divina Providencia apareció bien cuando le fué concedido tener semejanzas con el Divino Redentor, aun en las cosas exteriores. Así, á ejemplo de Jesucristo, fué dado á Francisco nacer en un establo y tener por lecho, siendo niño, como en

otro tiempo Jesús, la tierra cubierta de pajas.

»Se refiere que en este momento coros celestiales de ángeles, y cánticos oídos á través de los aires, completaron la semejanza. Como Cristo hizo con sus apóstoles, él se adjuntó por discípulos algunos hombres escogidos, á quienes mandó recorrer la tierra como mensajeros de la paz cristiana y de la salud eterna. Despojado de todo, injuriado, negado de los suyos, tuvo de común con Jesucristo, que no encontró ni un sitio propio donde reclinar su cabeza. Como último rasgo de semejanza, cuando estaba sobre el monte Alverno, cual sobre su calvario, fué, por decirlo así, crucificado por un prodigio nuevo hasta entonces, recibiendo en su cuerpo la impresion de las sagradas llagas.

»Nos recordamos aquí un suceso no menos brillante en sí mismo por el milagro hecho célebre por la voz de los siglos. Un dia que San Francisco se hallaba sumergido en ardiente contemplacion de las llagas de Nuestro Señor y que aspiraba, por decirlo así, en él sus dolorosos efectos y parecía beber como si tuviera sed, un ángel descendido del cielo mostrósele, de repente; luego brilló una virtud misteriosa, tanto que Francisco sintió sus manos y piés como horadados con clavos y su costado atravesado por aguda lanza. Desde entonces sintió en su

alma inmenso ardor de caridad; sobre su cuerpo llevó hasta el fin de sus dias la impresion viva de las llagas de Jesucristo.

«Análogos prodigios que deberian ser celebrados por un lenguaje angélico, más bien que por el de los hombres, muestran cuán grande y digno fué el hombre elegido por Dios para llamar á sus contemporáneos á las costumbres cristianas. Ciertamente, en la casa de Damian era voz sobrehumana la oída por Francisco diciéndole: «Marcha, sosten mi casa vacilante.» No es ménos digno de admiracion que esta aparicion celestial se presentase á Inocencio III, pareciéndole ver á Francisco sostener con sus hombros los muros inclinados de la Basilica de Letrán. El objeto y el sentido de este prodigio con manifiestos, significaba que Francisco debia en este tiempo ser firme apoyo y columna para la república cristiana; y con efecto, no tardó en practicarse.

(Se continuará.)

FLORES DE SAN FRANCISCO.

Impresion de las Sagradas llagas.

Del capítulo LIII, párrafo III de las Florecitas de San Francisco.

Habiase retirado el Santo Patriarca al monte de Alvernia y

«En la víspera de la fiesta de la

Santísima Cruz del mes de Setiembre, estando San Francisco en oración recogido en su celda, se le apareció un Ángel y le dijo de parte de Dios:»

«Yo te conforto y te amonesto para que te apercibas á recibir humildemente y con toda la paciencia lo que Dios se digne darte ó hacerte.» Respondió San Francisco: «Estoy apercibido para sufrir pacientemente todas las cosas que mi Señor quiera hacerme.» Y dicho esto, el Ángel se marchó. Llegó el día siguiente, esto es, el día de la Santísima Cruz, y San Francisco, antes de rayar el día, se puso en oración á la puerta de su celda; y volviendo la cara hácia el Oriente, comenzó diciendo estas palabras: «Oh, Señor mio Jesucristo: te ruego que me concedas dos gracias ántes que me muera; la primera, que durante mi vida sienta en el alma y en el cuerpo, en cuanto sea posible, los dolores que Tú, mi dulcísimo Señor, sufriste en la hora de tu acerba Pasion; la segunda, que sienta en mi corazon, en cuanto sea posible, aquel excesivo amor con que Tú, Hijo de Dios, fuiste llevado á padecer voluntariamente tanta Pasion por nosotros pecadores.» Y estando en esta oración, comprendió que Dios le oía y que le sería concedido el padecer más que á ninguna otra criatura. Animado San Francisco con esta promesa, se puso

á considerar devotamente la Pasion de Cristo y su infinita caridad; y creció tanto en él el fervor y la devoción, que todo se trasformaba en Jesús por amor y por compasion. Y estando así inflamado en esa contemplación, aquella misma mañana vió venir del cielo un Serafin con las alas inflamadas y resplandecientes, el cual con ráudo vuelo se acercó á San Francisco de modo que le pudiese ver y conocer claramente, porque tenía en sí la figura de un Crucifijo, y sus alas estaban dispuestas de manera que dos se extendían sobre la cabeza, otras dos se extendían como para volar, y otras dos cubrían todo el cuerpo. Viendo esto San Francisco se quedó asombrado, y en seguida se sintió inundado de alegría, de dolor y de admiración al mismo tiempo. Sentía grandísima alegría por el gracioso aspecto de Cristo, el cual se le aparecía tan familiarmente y le comunicaba sus gracias; pero al mismo tiempo sentía grandísimo dolor y compasion de verle crucificado. Por último, se maravillaba de tan estupenda y desusada vision, sabiendo bien que los dolores de la Pasion no se compadecían con la inmortalidad del espíritu seráfico. Y absorto en esta admiración, le fué revelado lo que aquello significaba: que por divina Providencia aquella vision se le habia mostrado en semejante forma para que entendiese

que no por martirio corporal, sino por incendio mental, debía él ser todo transformado en la semejanza con el Cristo Crucificado. Entonces en todo el monte de Alvernia se vió arder una llama esplendidísima, la cual resplandecía é iluminaba todos los montes y valles del contorno como si el sol hubiese descendido á la tierra: Por lo que los pastores que habitaban en aquella comarca, viendo el monte y sus alrededores inundados de tanta luz, sintieron mucho miedo, segun contaron despues á los Hermanos, afirmando que aquella llama habia durado sobre el monte de Alvernia poco más de una hora. Al mismo tiempo, el resplandor de esta luz, que resplandeció en el interior de las casas á traves de las ventanas, ciertos arrieros que viajaban por la Romanía se levantaron de sus lechos creyendo que habia salido ya el sol, y cargaron sus mulas y se pusieron en camino; pero muy pronto vieron cesar aquella luz y levantarse el sol material.

En aquella aparicion seráfica, Cristo, que fué el aparecido, comunicó á San Francisco cosas muy altas y secretas, las cuales el Santo Patriarca no quiso en toda su vida revelar á nadie; pero despues de su vida las reveló como se mostrará más adelante, y las palabras fueron éstas: «¿Sabes tú, dijo Jesucristo, lo que yo voy á hacerte? Voy á imprimirte las sagradas llagas, que

son las señales de mi Pasion, para que tú seas mi lugarteniente. Así como despues de mi muerte bajé al Limbo, y todas las almas que allí estaban fueron redimidas por la virtud de mis llagas, así te concedo que todos los años, el día de tu muerte, vayas al Purgatorio, y todas las almas de tus tres Órdenes, esto es, Menores, Hermanos y Terciarios, y las de otros que han sido devotos tuyos, y se encuentren en aquel lugar sean tambien redimidas por la virtud de tus llagas, y conducidas á la gloria del Paraiso, para que seas en muerte como en vida conforme conmigo.» Habiendo desaparecido esta vision admirable despues de mucho tiempo y secreta conversacion, quedó el corazón de San Francisco inflamado en ardiente llama de amor divino, y en su carne quedó la maravillosa imágen de la Pasion de Cristo. Porque inmediatamente en las manos y en los piés de San Francisco comenzaron á aparecer las señales de los clavos, al modo que se habian visto en el cuerpo de Jesucristo Crucificado cuando se apareció bajo la apariencia de Serafin; y así aparecieron en las manos y en los piés clavados en la mitad de los clavos, y las cabezas sobresalían de la palma de la mano y de la planta del pié fuera de la carne, y su punta se retorció por el dorso de la mano y de los piés de tal manera que por el hueco de la

punta del clavo retorcida, que sobresalía de la carne, se podía meter el dedo de la mano como por un anillo; y las cabezas de los clavos eran redondas y negras. Del mismo modo, en el costado derecho apareció la imagen de una herida de lanza no cicatrizada, roja y sangrienta, la cual destilaba sangre del santo pecho de San Francisco, y ensangrentaba su túnica y calzas. Por lo que sus compañeros, tan pronto como le vieron, observando que no descubría las manos ni los pies, y que no podía fijar en tierra las plantas, y observando al mismo tiempo la túnica y las calzas manchadas en sangre, claramente comprendieron que en las manos y en los pies, y del mismo modo en el costado, tenía exteriormente impresa la imagen y semejanza de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado.

Aunque el Santo procuraba ocultar y encubrir las sagradas y santas llagas gloriosas, tan claramente impresas en su carne; como, por otra parte, comprendía la dificultad de conseguirlo con sus compañeros y familiares, y temiendo al mismo tiempo publicar los secretos de Dios, se vió acometido de grandes dudas, por no saber si debía revelar la vision beatífica y la impresion de las sagradas llagas. Finalmente, estimulado por la conciencia llamó así á sus Hermanos más familiares, y proponiéndoles la duda en términos

generales sin expresar el hecho concreto, les pidió un consejo. Entre estos Hermanos había uno de gran santidad, que tenía por nombre fray Iluminado. El cual, verdaderamente iluminado por Dios, comprendiendo que San Francisco debía haber visto cosas maravillosas, le contestó: «Hermano Francisco, has de saber que no para tí solo, sino para los demas, Dios te muestra algunas veces sus misterios; y por esto tienes razon para temer que si tú ocultas estas gracias, que Dios te ha revelado para utilidad de los demas, seas digno de reprehension.» Entonces San Francisco, aterrado por estas palabras, con grandísimo temor refirió el modo y forma de la vision susodicha; añadiendo que Cristo, al aparecérsese, le había dicho ciertas cosas que él no contaría mientras no se viesen. Y aunque aquellas santísimas llagas, en tanto que eran impresas por Cristo, infundían en su corazon mucho contento, no obstante, á su carne y á sus sentidos corporales daban insoportable tormento. Por lo que, constreñido por la necesidad, se lo reveló todo á fray Leon que era el mas sencillo y puro de sus Hermanos, el cual no sólo veía y tocaba aquellas sagradas llagas, sino que las limpiaba la sangre que continuamente fluían y procuraban mitigarle el dolor. Y estos cuidados se los dejaba hacer para no enfermar; pero en manera ninguna

los consentía desde el juéves hasta el sábado por la mañana, porque en este tiempo no quería que por ningún remedio ni medicina humana le fuese mitigado en lo más mínimo el dolor de la Pasion de Cristo que en su cuerpo llevaba; en este tiempo fué cuando el Salvador Nuestro Señor Jesucristo recibió por nosotros tormentos, crucifixion y sepultura.

Sucedió alguna vez que, cuando fray Leon le mudaba la venda de la herida del costado, San Francisco, por el dolor que sentía al andarle en la carne ensangrentada, ponía la mano en el pecho de fray Leon, y este sentía tanta dulzura y contento en el corazon, que más de una vez estuvo á punto de caerse en tierra. Y, finalmente, en cuanto á esta tercera consideracion se ha de saber que San Francisco, cumplida la cuaresma de San Miguel Arcángel, se dispuso por divina revelacion á volverse á Santa María de los Angeles. Por lo que llamó á sí á fray Maseo y fray Angel, y despues de muchas palabras y santas exhortaciones, les recomendó con toda la eficacia posible el cuidado de aquel santo monte, diciéndoles como á él, en compañía de fray Leon, le convenía volver á Santa María de los Angeles. Dicho esto se despidió de todos, bendiciéndoles en nombre de Dios Crucificado, encomendándose á sus oraciones y dándoles su santísima mano, adornada con aquella glorio-

sa y sagrada llaga, á ver, tocar y besar; y así los dejó muy consolados al marcharse del santo monte.

GLORIAS DE LA RELIGION SERÁFICA

de San Francisco.

Esta ilustre órden ha sido regida en el trascurso de cerca de 7 siglos que lleva de existencia, por 103 ministros generales. Ha producido 247 Santos, y 16 más cuya causa de beatificación ó canonizacion está pendiente.

Ha dado á la Iglesia cinco papas que lo han sido Nicolás IV, Alejandro V, Sixto IV, Sixto V, Clemente XIV.

Ademas los Pontífices Martino IV, Eugenio IV, Pio VIII y Pio IX pertenecieron á la Orden Tercera.

Ha dado así mismo á la Iglesia la Orden Seráfica 56 Cardenales, 19 patriarcas, 27 Arzobispos y sobre 4.000 Obispos.

Se han distinguido tambien como hombres de Estado y eminentes diplomáticos varios hijos de la Orden Seráfica, entre los cuales merecen especial mencion San Juan Capistrano, y el P. Buenaventura Secusi: á este último fué debida la paz de Vervins entre España y Francia en 1598.

La Orden de San Francisco es una

de las que mas han trabajado en la obra de las misiones.

En Europa tiene más de treinta colegios y conventos de misioneros; y además 3 provincias con 66 parroquias en Dalmacia (Austria); 6 prefecturas apostólicas con 80 parroquias en Bosnia; 19 parroquias en Herzogavina; 6 prefecturas apostólicas en la Turquía europea; y 2 provincias, una de Observantes y otra de Reformados en la Rusia Occidental y en la Lituania. En España existen actualmente 28 conventos de Franciscanos.

En Asia, la Custodia de la Tierra Santa tiene 387 religiosos franciscanos con 9 conventos, 28 parroquias, 28 hospicios, 70 hospitales para pobres y 22 escuelas de niños y 6 de niñas.—En China tienen 7 vicariatos apostólicos, y en cada uno de ellos un Seminario y un hospicio.

En África hay: una prefectura apostólica de Franciscanos reformados en el Alto-Egipto, y 15 conventos, 15 parroquias y 10 escuelas con 80 religiosos en el Bajo-Egipto. En Berbería existe una prefectura apostólica con misiones en Trípoli, Bengarí, Derna, Misurata y Tobruck. Asi mismo una prefectura apostólica de misioneros observantes españoles con conventos en Tánger, Tetuan, Mogador, Mazayan y Casa Blanca.

En los Estados-Unidos de La Amé-

rica Septentrional tienen establecidas 6 misiones; así mismo en California donde hay un colegio muy floreciente; y tienen otros varios en el Ecuador, Perú, Chile, Bolivia y República Argentina.

En la Oceanía, la provincia apostólica de Filipinas tiene actualmente 300 religiosos, 134 parroquias y 16 residencias.

La religion Seráfica ha producido tambien sabios de primer orden. Basta citar los nombres de Alejandro de Hales, Rogerio Bacon, revelador del método experimental, San Buenaventura, llamado el doctor Seráfico, y Juan Duus Scoto, el doctor sutil. No ha habido ramo de los conocimientos humanos en que nó hayan sobresalido insignes hijos de la religion franciscana. Finalmente la Orden de San Francisco cuenta entre sus glorias la de haber recibido en su seno á muchos y muy poderosos Monarcas. En los principios de la Orden no habia casa reinante en Europa que no tuviese algun príncipe que vistiese el hábito franciscano.

EL DEBER DE LOS CATÓLICOS EN POLÍTICA.

Discurso pronunciado en la Universidad de Chile por el Prebendado Don Domingo B. Cruz (1).

*In reos Majestatis (divinæ)
et publicos hostes, omnis homo
miles est.*

Para combatir por Dios y por la pátria, todo hombre es soldado.

(TERTUL.: *Apolog.*, cap. II.)

Ilmo. Sr.: (2):

Señor decano: Señores:

Mi primera palabra en este lugar, y ante este auditorio, no puede ser otra que una palabra de gratitud por el honor con que la facultad de Teología ha querido distinguirme.

Lo he aceptado, no como un homenaje á méritos que en mí no existen, sino como una muestra de alta simpatía que se da al clero de Concepcion y al virtuoso Prelado que rige aquella diócesis.

(1) Este discurso fué pronunciado hace algunos años, y sin embargo no ha perdido nada de su oportunidad. Acababa de inaugurarse entonces en Chile una nueva presidencia, cosa que alejaba del autor toda sospecha de haber hecho un trabajo hijo de la ambición del momento. El lo recuerda así más de una vez en el curso de su trabajo, y hace notar que ésta es una cuestión teológica, sin dejar por eso de ser también eminentemente política; viniendo así á recordar con Proudhon quien, á pesar de su ateísmo, confesaba encontrarse con la cuestión religiosa y de conciencia en el fondo de toda cuestión social y política.

(2) El Ilmo. señor obispo de la Serena, Dr. D. J. Manuel Orrego.

Llamado á suceder á un benemérito sacerdote, debo también desde luego consagrarle un respetuoso recuerdo. El Sr. D. José Miguel Solovera nació en la ciudad de San Felipe, el año 1821. Desde muy joven abrazó la vida religiosa en la Orden de Nuestra Señora de la Merced, donde ejerció importantes destinos y prestó servicios de gran valía. Fué maestro de novicios, predicador, profesor y regente general de estudios: en 1854 obtuvo de la Santa Sede Breve de secularización, y poco después acompañó al Ilmo. señor obispo Solar, en los trabajos apostólicos del obispado de Ancud. Allí, arcediano y más tarde dean de la Iglesia catedral, se consagró como bueno y fiel sacerdote á todas las tareas y ocupaciones que le asignaba su respetable Prelado. Profesor y rector del Seminario y miembro de sociedades caritativas, santificó á muchos y se santificó á sí mismo con el ejercicio de las virtudes. Era gobernador y vicario general cuando el Señor lo llamó para darle la corona de justicia *In memoria æterna erit justus, et auditione mala non timebit* (1).

Pagado ya este doble tributo, creo no poder entrar mejor en los fines de la institución universitaria que escogiendo para el discurso que un honroso deber me manda pronunciar, una materia vivamente discutida, y sobre la que las pasiones han querido arrojar densísimas tinieblas. Hablo, señores, de la intervención que los ciudadanos seculares ó eclesiásticos, pueden y deben tomar en

(1) Ps. cxi.

el gobierno de la cosa pública en países democráticos; en otros términos: de la parte que el cristiano puede y debe tomar en la política.

¿Es esta una cuestión teológica? se me dirá. Sí, respondo, y en alto grado; y creo dar de ello las pruebas más evidentes. La Religión, sol del mundo moral, calienta y fecundiza con sus rayos todas las grandes cuestiones, todos los problemas que se refieren al hombre y á la sociedad, y tiene para todos luminosas respuestas: *Non est qui se abscondat a calore ejus* (1).

Del modo como se resuelva esta cuestión dependen mil consecuencias prácticas, que interesan grandemente á la religión y á la sociedad. El tiempo, por otra parte, también es oportuno. Ha terminado ya la última lucha electoral, que tan hondamente conmovió todos los ánimos: la malevolencia más osada no tendría, pues, pretexto para suponerme torcidos intentos. Hoy es el momento de proclamar sin temor los grandes principios teológicos en esta importante materia.

Pero comencemos fijando muy bien el sentido de la cuestión; porque en esto, como en todas las cosas, la confusión y las objeciones desaparecen por sí solas con entenderse bien la verdad que se defiende.

Si por política se entiende el arte de llegar á los destinos públicos, por medio de ciertas maniobras; si se la mira como inseparable del cohecho, el fraude é ilegalidad, es evidente que no es ni puede ser cosa

permitida al cristiano, y mil veces menos al sacerdote. Pero no; para nosotros la política no es otra cosa que el gran arte de dirigir y gobernar las naciones, y para explicar mejor nuestro propósito se nos permitirá entrar en algunas consideraciones preliminares.

Hay en toda sociedad quienes mandan y quienes obedecen, quien da la ley y quien la cumple; en otros términos: gobernantes y gobernados. Pero en las repúblicas y en los países que se da lugar al elemento democrático, los que obedecen tienen su parte en el mando, y los que cumplen la ley contribuyen también en alguna manera á dictarla.

El gobierno del pueblo por el pueblo; hé aquí el lema escrito y aplicado, con más ó menos latitud, en las Constituciones de los pueblos modernos. Este sistema tiene sus inconvenientes, como toda institución humana, pero también ofrece indisputables ventajas. No es mi intento ensalzar éstas ni analizar aquellas. La Iglesia de Dios, que vive en todo clima y que se dirige á todo pueblo, se aviene con toda forma racional de gobierno; mejor dicho, los abraza y santifica á todos, con tal que consientan en cumplir su misión, con tal que reciban las enseñanzas del Espíritu de Dios y el bautismo de Cristo.

Pero todo gobierno, así como todo individuo, puede obedecer á las enseñanzas divinas ó rebelarse contra ellas, acatar los preceptos y las doctrinas del Cristo, ó despreciarlas y negarlas su asenso, porque la doctrina del Evangelio se dirige también á los que gobiernan las na-

(1) Ps. XVIII.

ciones, les da á conocer sus facultades, y les impone sérios y gravísimos deberes.

De aquí dos sistemas ó modos de gobernar á los pueblos á quienes ya se ha predicado el Evangelio, segun que los gobernantes obedezcan en sus relaciones con los súbditos á los preceptos de Cristo y la Iglesia, ó que los desatiendan; ó en términos más vulgares: de aquí dos políticas diametralmente opuestas, y que deben llamarse *política cristiana y política anticristiana*.

Pero ¿qué cosas son estas dos políticas, y cómo distinguirlas? Examinemos un instante lo que es la autoridad y su fin segun la Iglesia, y lo habremos conocido.

La autoridad, bajo el punto de vista cristiano, es el poder emanado de Dios y conferido á los hombres de diversas maneras, para conducir á la sociedad á su último fin, es decir, á Dios mismo, por los medios temporales. El reino de Cristo y el bien público es, pues, el fin de la autoridad civil; y para que un gobernante, Rey, presidente ó Congreso, ejerza su autoridad *cristianamente*, se requiere que se proponga ese doble fin, que se dicten las leyes y se manden cumplir en vista del bien comun y de manera que todo tambien contribuya al fin último de los asociados, es decir, á su salvacion eterna.

«El Soberano, dice el grande obispo de Hipona, debe dar fuerza de ley á todo lo que es justo, y reprimir con vigor todo lo injusto. A ellos (á los Reyes) se les ha dicho: «Ahora, Reyes, aprended; vosotros los que juzgais la tierra, instruíos; servid al Señor con temor y regocijaos

en Él con temblor.» Y ¿de qué otra manera, continúa el gran Doctor, pueden los Reyes servir á Dios con temor sino es prohibiendo y castigando con religiosa severidad las faltas que se cometan contra la ley de Dios (1)?»

Bien sé que hay una doctrina, mejor diré, un error, que enseña el ateismo de Estado; pero ese absurdo, rebatido por los mismos paganos (2), no puede sostenerse por ningun católico despues de la Bula dogmática *Mirari vos*, y de la condenacion explicita que ha tenido en las proposiciones LIV y LV del *Syllabus*. Al que continuára sosteniéndolo, yo le pediria que reconociera la autoridad de la Iglesia y que volviera al Catholicismo.

Pues bien: si esto es autoridad y política cristiana, autoridad y política anticristiana será la que se ejerce contra el bien comun y el reino de Cristo. Si un gobernante, llámese como se quiera, no respeta la santa libertad de servir á Dios segun los preceptos de la Iglesia; si prohíbe reunirse en comunidad religiosa á los fieles que lo quieran; si extiende mano impía sobre los bienes sagrados; si legisla sobre Sacramentos y asuntos del órden espiritual, como matrimonios, Bulas, Concilios, etcétera; si pretende, en una palabra, poner su voluntad sobre la de Dios y de la Iglesia, ese mandatario gobernará de un modo *anticristiano*, y á él se aplicará todo lo que he dicho y debo aún decir en la materia.

(1) Epist. ad Bonifac.

(2) Platon: *in Alcib.*—Ciceron: *De Officiis*, etc.

Explicado el sentido de las palabras, pregunto: ¿es lícito á un hombre ó á una reunion de hombres ejercer la autoridad de un modo *anticristiano*? Proponer esta cuestion es resolverla, porque escrito está de los pueblos y de los Reyes que se coaligan contra Dios y su Cristo, y que dicen: «Destrocemos sus ataduras y sacudamos su yugo;» que *el que habita en los cielos se burlará de ellos, les hablará en su ira y los conturbará en su furor* (1).

Pregunto además: ¿es lícito cooperar de una manera eficaz á que se adueñe del poder un hombre ó un partido de ideas anticristianas, sea como jefe del Estado, como miembro del Cuerpo legislativo ó en otro puesto en que, reduciendo á la práctica sus teorías, haya de gobernar como enemigo de Dios y del pueblo cristiano? Tambien es fácil la respuesta, porque la cooperacion eficaz á actos gravemente malos es tambien mala, ni hay en este caso razon alguna para cohonestarla. Jamás puede haber utilidad pública en elevar á quien ha de traicionar el primer deber de un mandatario: guardar y hacer guardar la ley de Dios. La experiencia muestra que tales hombres son para las naciones un castigo peor que las epidemias: *Regnantibus impiis, ruinae hominum* (2).

Pero tampoco es éste el punto que me propongo dilucidar: quiero hablar de los ciudadanos que, teniendo derecho de sufragio, no quieren ejercerlo; que manejando una pluma ó adornos del don de la palabra y

capaces de formar *la opinion*, permanecen silenciosos y quietos: de los que, poseyendo un legítimo y justísimo influjo, por su situacion y relaciones de familia, se quedan neutrales en las contiendas electorales y en aquellos movimientos de la opinion pública de que depende el giro que deberá seguir la política.

Hablo de éstos, y digo: ¿es lícito á un católico, en las actuales circunstancias del mundo y en países democráticos, permanecer con los brazos cruzados cuando se trata de la renovacion de los poderes públicos? ¿Es permitido contentarse con no apoyar á los malos y encerrarse en una casa y ver pasar desde la ventana las grandes cuestiones político religiosas, como se presencia una parada militar, sin tomar parte en ellas? En una palabra: el hacer uso de los derechos políticos que las Constituciones confieren al ciudadano, ¿es una libre facultad, ó un estricto deber?

Hé aquí, señores, mi cuestion, y hé aquí tambien el asunto de este discurso.

Con la mano sobre el corazon y con la más íntima conviccion, no temo responder afirmativamente; y con las Sagradas Letras, los Santos Padres, la historia, la experiencia y la razon, probaré, segun lo espero, que EN EL TIEMPO PRESENTE ES PARA LOS CATÓLICOS UN DEBER DE CONCIENCIA EL TOMAR PARTE EN LA COSA PÚBLICA, Y ESPECIALMENTE EL COMBATIR LA POLÍTICA ANTICRISTIANA.

Ardua y difícil es la tarea, y quizá superior á mis fuerzas. Ayúdeme vuestra indulgencia y sírvanme de disculpa mis buenas intenciones.

(1) Ps. II.

(2) Prov., XVIII, vers. 12.

He oido errar tanto y tan gravemente en esta materia, que no me ha sufrido el corazon el no protestar al ménos con la energía de mis convicciones y no poner mi insuficiencia al servicio de mi fé.

(Se concluirá.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado, en la Colegial, á las siete y media, misa de la Virgen.

En Santa Maria, á las ocho y media, misa de renovacion.

En San Nicolás, á las cuatro y media de la tarde, dará principio el solemne novenario de Nuestra Señora del Rosario, con esposicion del Santísimo Sacramento, en los dias festivos.

Todas las tardes empezarán los santos ejercicios con el Rosario de María Santísima, seguidamente se dirán el sermon y la novena, terminándose con la salve y gozos de Nuestra Señora, y en el último dia se dará la bendicion con Jesus Sacramentado.

Oradores.—Sábado, D. Santiago Garcia Alvarez presbítero; Domingo, D. José María Mirete canónigo de la misma; Lunes, D. José Juliá presbítero; Martes, D. Francisco Javier de Guimbeu presbítero; Miércoles, D. Gaspar Sempere Presbítero; Jueves, D. Andres Oliver Canó-

nigo; Viernes, el referido Dr. Don José Mirete Canónigo.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve y cuarto misa conventual.

En las Capuchinas, la funcion mensual en honor del Sagrado Corazon de Jesús. Por la mañana á las siete y media, misa y comunion general de las asociadas; y por la tarde á las cuatro y media, los ejercicios devotos de costumbre con sermon despues del punto de meditacion.

Martes, miércoles y jueves, solemnes cuarenta horas en honor del glorioso patriarca San Francisco.

En los tres citados dias se descubrirá á S. D. M. á las cinco de la mañana, reservándose á las siete de la tarde; en todos ellos la misa mayor ó solemne con orquesta y sermon será á las nueve de la mañana; y por la tarde á las cinco se rezará la estacion al Santísimo, luego un punto de meditacion, sermon, trisagio, letanía y credidi y la reserva; dándose en el último dia la bendicion con S. D. M.

El panegírico del Santo Fundador está á cargo del Sr. Canónigo Doctor D. José Mirete y Sanchez.

Jueves.—En las Capuchinas, á las siete, misa de renovacion, y por la tarde, á las cuatro, Trisagio.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 3.